

PEPITO TEMPERAMENTO~~(Trencitas, Cara de Luna, Esperanza la de los ojos/zapatos verdes)~~

José Agustín Coy T. S.M.

Había una vez unos padres que querían tener un niño, un niño mayor como de unos ocho o diez años. Aquellos padres tenían ya otros hijos, pero más pequeños, y deseaban que su próximo hijo fuera ya grande, que supiera hacerse respetar y que no llorase ni dijera tonterías con las orejas. Estaban hartos de chupetes, de sarampión y de barbaridades y querían hablar y discutir sobre la vida y otros temas serios.

tengo
pavlos

tengo

con un muchacho

y pander
el mayor

La madre siempre andaba con lo mismo:

- Tengo ganas de que me nazca ^{me} un hijo para saber como se llama.

El abuelo opino que se debería de llamar Federico, en recuerdo de su tío Joaquín que conoció a uno que se llamaba Federico.

-Se llamará Pepito, si es que nace, dijo el padre, que era muy impetuoso y mandón.

Y ahí quedó el asunto.

Efectivamente, aquellos padres hicieron un hijo y se pusieron a esperar que naciera. Pero ya sabían que se llamaría Pepito, y que iba a ser mayor. Y Pepito nació rápidamente y le compraron una bicicleta. Sus hermanos pequeños se molestaron porque a ellos, que habían nacido antes, sólo les habían regalado un sonajero y una chichonera. Entonces pidieron que les comprasen otras cosas en compensación, pero no hubo nada que hacer.

S.M.

una bella
y sus
padresMOMENTOS
de tiempo

chicas y chicos

Pepito montaba en bicicleta todo el día, aterrorizaba a las niñas de su barrio, aullando como un coyote; y por las noches hablaba de las cosas de la vida con sus padres. El abuelo, que era ciertamente muy pulcro, decía :

A este le tendríamos que ~~mandar~~ a la escuela para que no jorobe más.
~~Las vecinas están escandalizadas. El vecindario está escandalizado~~
~~el vecindario está~~

Era cierto, con tanta bicicleta y tantos aullidos, Pepito puso al barrio al
borde de la ~~locura y de la desesperación~~. ~~desesperación~~ y de la ~~locura~~

- ¡Que le encierren!
- ¡Que le den dos duros!
- ¡Que se me ha cortado la mayonesa!
- ¡Qué calor!

del abuelo

Hacía calor, claro, era verano y hacía calor. Hasta los melocotones se
pusieron blandos.

-No abuelo, Pepito no puede ir a la escuela, porque son ~~las~~ vacaciones.
Ya irá después, cuando empiece el curso.

El abuelo también se enfadaba a causa del ruido que metía Pepito, pero
lo que más le molestaba era que el chico se le comiera los ~~melocotones~~ *melocotones*
~~melocotones~~ *mi derecho*

-Son míos, yo planté el árbol y no permitiré que se ponga en duda ~~sa~~ *a la*
propiedad, ni que se menoscabe mi poste preferido. Estas no son
maneras. *exclamaba entusiasmado*

-Nadie pone en duda nada, señor mío, ~~decía el padre~~. Lo que pasa es
que a usted se le han subido los humos a la cabeza, con esa catástrofe
de melocotones. No sé como le pueden gustar a Pepito, no lo sé. Parece
increíble, con lo inteligente que es.

-¿De qué catástrofe hablas? ~~No~~ quiero más discusiones ni más niño
muerto, se acabó lo que se daba.

Pepito tenía también una abuela, pero, como no era la mujer de este
abuelo, vivía fuera, en otro sitio. A veces ella les iba a visitar cuando
salía de una reunión de señoras que hacían la caridad y cosían
delantales para unos niños que tenían la cabeza ~~enorme~~ *grande* y cinco o seis
patitas. Al llegar decía:

-Ya estoy aquí.

Y sacaba caramelitos de colores y se los daba a los hermanos pequeños de Pepito, que eran mayores que él, pero más pequeños. A Pepito le daba regaliz.

-Abuela, ¿Que haces en ese sitio de la caridad, además de delantales?

¿Haces abrigos?

-Abrigos, no, porque son pobres. *chicos*

- ¿Y gorros, haces gorros para los ~~cabezones~~?

- ¡Calla descomulgado, calla que Dios te castigará!

-¿Por qué me castigará, por lo de los gorros?

La madre se reía bajito, con los ojos brillantes, y la abuela se cabreaba tremendamente.

-El chico tiene curiosidad, señora, decía el padre, y es lógico y natural que se interese por los fenómenos y por ~~su~~ capacidad craneana.

Faltaría más...

de la naturaleza humana

Entonces Pepito volvía a montar en bicicleta, y el ambiente se calmaba.

El ambiente de la casa, claro, porque las vecinas, al ver a sus hijitas llorando de miedo a causa de los aullidos de coyote que lanzaba el temerario Pepito, salían a los balcones y gritaban:

-¡Que le maten! *metan*

-¡Que le ~~encierren~~ en la cárcel!

-¡Que le den dos duros!

Nadie le daba dos duros a Pepito. Sólo ~~tres~~ *cuatro* pesetas para comprar carburo. En aquella época, para no gastar electricidad, la gente tenía lámparas ~~de~~ *de carburo* carburo y aparatos de radio de galena. Pepito iba a la tienda con las ~~tres~~ *cuatro* pesetas.

-Póngame ~~tres~~ *cuatro* pesetas de carburo.

-¿Otra vez? Te vas a sacar los ojos leyendo de noche. No sé como tus padres te toleran tanto capricho. En ~~los libros~~ *las novelas* aprenderás cosas malas, y te irás al infierno.

-¿Al infierno de cabeza?

-Sí, al infierno de cabeza.

Y Pepito volvía con la bolsa, llenaba de carburo su lámpara antes de acostarse, y luego ¡hala! a leer libros de mamíferos y del Oeste, como todas las noches.

La abuela vivía con otro abuelo que tenía la cabeza gorda pero, no tanto como la de los niños de los delantales.

Pepito preguntaba a su padre:

- ¿Por qué no ~~te haces con~~ el otro abuelo?

- Porque no vive aquí

- ¿Y por qué no vive aquí?

- Porque no es de los nuestros

- ¿Y quién ^{es} son los nuestros?

- ¿Quiénes van a ser? Pareces tonto: los nuestros somos nosotros.

Pepito sabía sumar, restar, multiplicar, dividir ~~por siete~~; la raíz cúbica,

la fórmula química de los ésteres del petróleo, leer en latín clásico de

corrido, poner trampas para cazar conejos y, además, conocía todas las

constelaciones de estrellas y todos los planetas. También estaba

enterado de la forma de escapar de una emboscada de los indios.

Manejaba dos enormes pistolas "colt" que llevaba colgando del

cinturón, una a cada lado.

- ¡Pam, pam, pam! Te he matado foragido.

A su amigo Andrés no le gustaba ni que Pepito siempre le matara, ni

que le llamara foragido.

- Déjame matarte a tí alguna vez... ^{PUÉDES.}

- No sabes. No tienes pistolas, y no ~~sabes~~. Cuando tengas pistolas y

aprendas a desenfundarlas como yo, con la velocidad del rayo ~~haremos~~

un desafío. Pero ahora, no; sería ridículo. ¡Pam, pam! Te cacé, ^{cuchero.}

~~cuatrico.~~

Mucha de esta sabiduría la tenía Pepito desde que nació, pues ~~nació~~

mayor, y sabía casi todo lo que saben los mayores. Otras cosas, como lo

del latín, se las enseñó el abuelo; y lo de los mamíferos, y lo de los

derivados del petróleo, con solo escuchar a su padre, que siempre

hablaba de esas cuestiones, lo aprendió con facilidad.

Pero nada de esto le servía en la casa de su abuela. Allí, durante las comidas, se hablaba y hablaba de cómo era cada uno, qué gracias y defectos tenía; cómo sería de mayor, y cosas así.

Y como la abuela tenía un montón de nietos, nunca se acababa la conversación.

-¿Por qué no hablamos de la malaria o de la fiebre amarilla o del aprovechamiento de la cascarilla de arroz para extraer vitaminas?

-Calla, niño, no molestes. ¿No ves que estamos discutiendo serios asuntos de carácter, ~~de cada uno~~.

-¿Del carácter de quién?

-De todos nosotros. A tí también te tocará el turno.

-Pues no quiero. Prefiero ir a cazar indios por ahí.

-Me parece muy mal; en tu casa te están malcriando. Tú verás lo que haces.

Jugar a matar indios, en el barrio en donde vivía la abuela, era muy difícil: no había jardines, las aceras estaban llenas de gente y a los chicos, al volver del colegio, les metían a empujones en sus casas. Pero en ese barrio se le ocurrió a Pepito una buena idea. Había muchos bares de esos con taburetes frente a la barra y puertas batientes, y él no había entrado nunca en ninguno de ellos. En las novelas que leía, siempre salían hombres valientes, que se llamaban Pistol Pete Rice o Francis Sugar Brown. Se enfrentaban a tiros, en bares como aquellos, a toda una banda de matones y miserables que solían molestar a una muchacha muy hermosa. Lo más importante era saber cuánto costaba allí un vaso de leche con cacao, ^{bebérselo} y ver de qué iba la cuestión. Se asomó a la puerta del primero ^{bar} que encontró. Estaba casi vacío. Solamente se veía un hombre trajinando detrás del mostrador; una mujer mayor sentada al final de la barra, y un guardia urbano tomando una ^{copa} ~~copa~~ de vino.

-¿Cuánto vale un vaso de leche con cacao?

-¿En la barra o en una mesa?

-No sé, depende. Yo sólo tengo dos pesetas.

-Pues con eso no llegas a ninguna parte, muchacho.. Un vaso de leche con cacao vale nueve pesetas, y de pié.

-¿Y un whisky?, ¿Cuánto vale un whisky?

-¿Por qué quieres saber eso? A los menores de dieciocho años no les servimos bebidas fuertes.

-Eso; y a los mayores, sí; para que luego se peleen por una mujer cualquiera y empiecen ^{PECAR} atirando tiros.

-¡Anda con el chico! Vete a tu casa y sositégate, y no leas novelones, que no son para tu edad.

Pepito salió cabizbajo, pero no derrotado. El dueño del bar parecía querer desanimarle, o bien no se había dado cuenta de que él era un muchacho mayor. Desde este mismo instante decidió que todas las personas del barrio le llamaran Pepito Temperamento. En la casa, la abuela se dió cuenta de su rostro crispado ^{cuando entró,}

-¿Qué te pasa? ¿Te han hecho algo malo?

-¡Por Dios! No mimeis de este modo al muchacho; ya lo dirá - dijo el abuelo.

-Nada, no me ha pasado nada.

-Es mejor que te quedes hoy a dormir aquí.

Cenó de mal humor, contó el dinero que su abuela le guardaba, y al darse cuenta de que tenía las nueve pesetas ^{NECESARIAS}, se metió en la cama tranquilo. A media noche, y sin despertar a nadie, se vistió y se puso el cinto y las pistolas. Bajó y cruzó la calle, empujando las puertas batientes del bar. Al verle, el local quedó en silencio. ^{con} pasos firmes y decididos, Pepito Temperamento se acercó a la barra, abrió la mano y mostró las nueve pesetas al camarero. Este las contó y le sirvió un gran vaso de leche con cacao, que el muchacho se bebió de un solo trago. Luego se secó la boca con el puño de su chaqueta campera, dió media vuelta y salió majestuosamente del local, dejando atónita a toda la clientela.

A la mañana siguiente se despertó tarde y como si hubiera tenido una pesadilla. Entonces fue cuando vió que las nueve pesetas estaban encima de la mesita de noche y que el cinto y las pistolas pendían de la cabecera de su cama. ^{Todo fue un sueño de}

PEPITO TEMPERAMENTO.